

16ª Sesión de próroga del 20 de Octubre de 1888

Presidencia del doctor Tagle

SUMARIO:—Continúa la discusión pendiente sobre el dictámen de la comisión de legislación en el proyecto de ley, en revisión, estableciendo el matrimonio civil.

PRESENTES

Presidente
Alba Carreras
Arias (J. I.)
Augier
Balestra
Barrasa
Basualdo
Berdia
Bruchmann
Bustillo
Cabeza
Cáceres
Campillo
Carballido
Carbonell
Castro
Civit
Colombres
Calderon
Dominguez (C.)
Escalante
Espinosa
Estrada
Figueroa (F. J.)
Figueroa (M.-A.)
Garcia
Gimenez
Gonzalez
Goyena
Fernandez
Huidobro
Lopez
Lubary
Mallea
Mansilla
Meyer
Molina
Morán
Olmedo
Olmos

En Buenos Aires á veinte de octubre de 1888, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados anotados al márgen, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 2 y 50 p. m., con asistencia del señor ministro de justicia, culto é instrucción pública, doctor don Filemon Posse.

ACTA

Se lee y aprueba sin observación la de la sesión anterior.

ORDEN DEL DIA

MATRIMONIO CIVIL

Sr. Presidente

No habiendo asuntos entrados, se vá á pasar á la órden del dia.

Continúa con la palabra el señor diputado por Buenos Aires,

Sr. Estrada—Señor presidente: me felicito de que la sesión de ayer se suspendiera, porque esa circunstancia me proporciona la oportunidad de reproducir, en presencia del

Parera
Pellegrini
Pino
Posse
Ramos Mejia
Riquelme
Ruiz
Sarmiento
Soler
Tagle
Torres (Gmo.)
Varela Ortiz
Videla
Villagra
Zeballos
Zorrilla

AUSENTES

Con licencia

Alcorta
Avellaneda
Maciá
Lagos
Mendoza
Ortiz
Prado
Rodriguez
Tejerina

Con aviso

Bernhejo
Bores
Dantas
Lalanne
Obligado
Ocampo
Fernandez
Sosa

señor diputado por la Capital, los testimonios de agradecimiento que manifesté á la cámara por la extrema benevolencia con que, repetidas veces, ha honrado mi nombre, tributando recuerdos cariñosos á vínculos que en otros tiempos nos ligaron, cuando entre la juventud y yo mediaban los que nacen del ministerio docente, que es una especie de paternidad.

Entrando desde luego al fondo de la cuestión, porque no quiero ocupar sinó por breves instantes la atención de la cámara, repetiré que el discurso del señor diputado puede reducirse á cuatro puntos principales.

El señor diputado intentó demostrar la legitimidad del matrimonio civil, por la sagrada escritura, la autoridad de los doctores católicos, la del concilio de Trento, y el testimonio de varios pontífices.

Yo no seguiré en todo su desenvolvimiento las observaciones con que el señor

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

Sin aviso

Arias (F. J.)
 Bosch
 Cano
 Centeno
 Dominguez (J. A.)
 Gallo
 Gonnet
 Lárson del Castaño
 Laurencena
 Luro
 Malbrán
 Padilla
 Portela

no resolvería la cuestión, aunque la trasla-

Lo que no puede negarse, señor presidente, es lo que yo afirmé y ha constituido la base de mi razonamiento, á saber, que la familia es el fundamento de la sociedad civil y política.

Pero, el señor diputado decía que la autoridad de los libros sagrados confirma la legitimidad del matrimonio civil, puesto que de ellos consta la de todos los matrimonios que se celebraron en el mundo antes de la organizacion de la sociedad hebrea.

¿Qué se entiende por matrimonio civil?

Yo entiendo por matrimonio civil (y me parece que no puede darse otra definición á esta palabra), el matrimonio legislado exclusivamente por la ley civil y contraído mediante solemnidades que tienen lugar delante de los magistrados civiles.

Si, pues, en la familia de los tiempos remotos á que el señor diputado se refería, los matrimonios se celebraban sin ninguna solemnidad de esa naturaleza, es evidente que no eran matrimonios civiles.

El contrato natural del matrimonio, cuya legitimidad jamás ha puesto en duda la doctrina católica, no es el matrimonio civil; y cuando su legitimidad se declara, nada se declara respecto del matrimonio civil.

Está fuera de duda, que el matrimonio puede ser considerado bajo este triple aspecto: como una institucion del orden natural, como una institucion del orden social, y como una institucion del orden religioso.

Si bien los matrimonios de los tiempos patriarcales no fueron acompañados de ceremonias religiosas, desde que no se puede probar que habia entonces un estado organizado que legislara sobre ellos, y magistrados del orden civil encargados de recibir el consentimiento de los contrayentes, tampoco se puede probar que hubiera nada semejante á matrimonio civil.

Y en una confusion de la misma natura-

leza han reposado todos los demás argumentos con que el señor diputado en su brillante exposicion ha querido fundar la doctrina que combatimos los opositores al proyecto.

El señor diputado ha citado no una sino muchas autoridades de grandes pensadores católicos, y padres de la Iglesia, los cuales afirman categóricamente la legitimidad del matrimonio contraído sin ciertas solemnidades religiosas.

Ahora bien, un matrimonio contraído, sin esas solemnidades ¿es por ese solo hecho un matrimonio civil?

De ninguna manera, señor presidente.

Las solemnidades religiosas y los ritos, constituyen la bendicion nupcial, pero no el sacramento del matrimonio.

Un matrimonio puede ser legitimo del punto de vista del derecho canónico más estricto, aún sin la bendicion nupcial, que suele acompañar y que ordinariamente acompaña á la celebracion del matrimonio, pero sin ser elemento necesario de su constitucion.

Las declaraciones de los doctores, teólogos y pontífices á que el señor diputado se refería, establecen la legitimidad de matrimonios celebrados sin solemnidades religiosas; pero no la legitimidad de matrimonios celebrados entre cristianos, en virtud de leyes civiles y ante magistrados civiles. Por consiguiente, esas autoridades no concluyen.

Pero puede hacerse una objecion. Si los ritos religiosos, y la bendicion nupcial no constituyen el sacramento del matrimonio, ¿en qué consiste este sacramento?

Yo respondo con la doctrina constante de la Iglesia: el sacramento del matrimonio consiste en el contrato del matrimonio. Entre cristianos, sacramento del matrimonio y contrato de matrimonio, forman una sola y misma cosa. Donde hay entre cristianos contrato de matrimonio que sea válido, hay por el hecho, sacramento; y donde hay sacramento hay, por el hecho, contrato.

Nada importan las disputas especulativas, promovidas principalmente por Melchor Cano, respecto del ministro del sacramento. La Iglesia no ha aceptado como doctrina que lo sea el sacerdote, y segun la más corriente y probable, los ministros del sacramento son los contrayentes. Ahora, como la materia del sacramento consiste en las obligaciones á que se sujetan los contrayentes, y su forma consiste en el mútuo consentimiento de los esposos; y como son los mismos los sujetos que intervienen en el contrato, la materia y la forma del contrato, es evidente que una y otra cosa son absolutamente inseparables.

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

Y aquí de Santo Tomás.

El señor diputado por la capital decía: Puesto que Santo Tomás enseña que el matrimonio es en un sentido oficio de la naturaleza, en otro sentido contrato, en otro sentido sacramento, Santo Tomás de Aquino suscribiría una ley de matrimonio como la que se discute.

En un acto complejo, como es por su naturaleza el matrimonio, pueden evidentemente considerarse por abstracción las diversas faces bajo las cuales él se presenta. Pero una cosa es considerar de esta manera los diversos aspectos del matrimonio, y otra cosa es considerar cada uno de esos aspectos como una entidad concreta y separable en la realidad. Santo Tomás dice que puede ser considerado el matrimonio *en razón* de contrato y *en razón* de sacramento; pero no dice que el contrato y el sacramento sean cosas distintas entre sí. Esta división es puramente racional; es un concepto abstracto que no tiene realidad concreta; sacramento y contrato son exactamente lo mismo.

Y voy á añadir algo que el señor diputado por la capital no enunció.

No solo dice Santo Tomás que el matrimonio puede ser considerado bajo triple aspecto. Dice además que en cuanto se relaciona con el bien común, cae bajo la legislación civil; pero en el sentido de que todas aquellas reglas que el matrimonio y la familia necesitan para surtir sus efectos dentro del orden de la vida social y en el régimen estérno, corresponden á la potestad soberana, mas de ninguna manera en cuanto á la constitución del vínculo matrimonial, que es su esencia. Todo lo demás es accesorio.

Los señores diputados saben que cuando en Francia, por el edicto de Blois, se estableció como condición indispensable para contraer matrimonio el consentimiento paterno respecto de los menores de edad, la Iglesia no aceptó jamás esta doctrina; la rechazó, al revés, esplicitamente, admitiendo tan solo que la ley pudiera tener imperio respecto de los efectos civiles del matrimonio, pero nunca respecto de la legitimidad del vínculo conyugal.

Semejante fué la famosa cuestión sostenida por Luis XIII con motivo del matrimonio de Gaston con Margarita de Lorena.

El rey se empeñaba en asegurar que tratándose en aquel caso de un matrimonio que podía traer consecuencias políticas perniciosas para el país, para la seguridad, el bienestar ó la ambición del Estado, aquel matrimonio debía ser nulo, siendo tradición de la monarquía francesa que los príncipes de sangre real no contrajeran matrimonio sino mediante el consentimiento del soberano.

Esa cuestión fué resuelta por Urbano VIII. en términos análogos á los que acabo de es-

poner. Urbano VIII se negó á declarar la nulidad del matrimonio, y á disolverlo, consintiendo solo en que, si tales fueran las costumbres, antecedentes ó leyes del reino para conservar los intereses de la dinastía ó la organización dada por el derecho público al gobierno del país, pudiera el matrimonio carecer de efectos políticos (algo semejante á lo que sucede con los matrimonios morgnáticos de los reyes), pero de ninguna manera que pudiera, puesto que el impedimento era puesto por la ley civil, tener virtud para disolver el vínculo y deshacer el matrimonio.

No de otra manera ha de entenderse la doctrina de Santo Tomás en la parte que espuso el señor diputado y en la parte que yo he tratado de completar, aclarándola y llevándola á todas sus consecuencias.

Porque hay que agregar, para que no quede el mínimo asidero que en la autoridad de aquel gran doctor de la Iglesia ha creído encontrar el señor diputado, que esa doctrina de Santo Tomás, en la cual se decía que el matrimonio podía ser considerado como oficio de la naturaleza, como contrato civil y como sacramento, correspondiendo al Estado legislar sobre aquellos accesorios del matrimonio que afectasen al interés social, está completada por esta otra doctrina del mismo santo, que dice categóricamente en la cuestión 57 del Suplemento de la *Suma teológica*:

«La prohibición de la ley humana no bastaría para establecer un impedimento del matrimonio si no interviniera la autoridad de la Iglesia que prohibiera lo mismo.»

Esta es la doctrina de Santo Tomás. Por consiguiente, Santo Tomás no habría firmado el proyecto de ley de matrimonio civil.

El señor diputado por la capital ha invocado también la autoridad del concilio de Trento.

El concilio de Trento, decía, pasó por discusiones borrascosas y por grandes movimientos internos que lo convulsionaban.

Nada arguye eso, en primer lugar, contra aquella gloriosa asamblea, porque tales antecedentes, la improbable labor que ejecutó, los muchos años que trascurrieron antes de que llegara al término de su trabajo, solo prueban una gran libertad en los prelados que la componían y una gran madurez en sus resoluciones.

Y bien. Esa grande é ilustre asamblea de Trento ¿en qué parte ha mencionado jamás el matrimonio civil, como el señor diputado indicaba?

Es verdad que se negó á declarar la nulidad de cierta clase de matrimonios contraídos antes de que se promulgáran sus cánones y en los lugares en que sus cánones no

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

fuesen promulgados. Pero no trataba, señor presidente de los *matrimonios civiles*; trataba de los *matrimonios clandestinos*, que son cosa completamente distinta de los civiles. Y por esa razón, si el señor diputado, bajo el primer punto de vista, ha incurrido en el error de confundir los matrimonios civiles con los matrimonios naturales, en este caso ha incurrido en el error de confundir los matrimonios civiles con los clandestinos.

Por consiguiente, no puede invocar la autoridad del concilio de Trento.

Queda pura y sencillamente lo que todo el mundo conoce y saben los hombres menos instruidos en materia religiosa: la proclamación dogmática de que el matrimonio es un sacramento de la nueva ley, y no un sacramento de la nueva ley en el sentido en que parecía entender una declaración análoga el señor diputado por la capital, al repetirla: un sacramento *de la ley del concilio de Trento*. Un sacramento de la Nueva Ley, en el lenguaje de los cristianos, quiere decir un sacramento de la ley evangélica.

Por consiguiente, el concilio de Trento no ha hecho sino definir y preconizar el dogma establecido en todas partes y en todo tiempo y por todos los que profesan la fé de Jesucristo.

Decía el señor diputado que podría agregar también á su favor la gran autoridad de Benedicto XIV; pero cuando Benedicto XIV declaró válido los matrimonios á que el señor diputado por la capital aludía, tampoco se refirió á matrimonios civiles; se refirió á matrimonios contraídos sin las solemnidades establecidas por el concilio de Trento, en en regiones donde no habían sido promulgados sus cánones.

Y esa es una doctrina constante de la Iglesia, aplicada á sostener la indisolubilidad del matrimonio, aún afrontando grandes poderes de la tierra, pues en el incidente del papa Pio VII con Napoleon, que ha sido materia de discusión, antes de ahora en esta cámara, se trataba precisamente de un matrimonio clandestino celebrado en Estados Unidos, donde el concilio de Trento no fué promulgado; donde, por tanto, sus leyes no regían, siendo consiguientemente válido el matrimonio, como lo sostuvo el papa contra el poder y las exigencias de Napoleon.

Pero llegó más adelante todavía el señor diputado preopinante, cuando dijo que reconocía, como yo, la entereza sacerdotal, el valor apostólico, el heroico coraje del papa Pio VII, y admiraba, como yo, el aliento, en cierta manera sobrehumano, con que resistió á Napoleon, pero que, por eso mismo invocaba su autoridad para concluir en la cuestión, y añadió que Pio VII había reconocido la legitimidad del matrimonio civil, estableciendo en el artículo 54 del concordato con Francia, que ningún párroco celebraría matrimo-

nios religiosos sin que los contrayentes le presentasen, en forma autorizada y solemne, una prueba de haber celebrado previamente el matrimonio civil.

De muchos bancos de esta cámara partieron en aquel momento aplausos que señalaban esta afirmación como un argumento de autoridad decisivo y concluyente en la cuestión.

Pero, señor, el concordato no tenía cincuenta y cuatro artículos.

La declaración á que el señor diputado aludía, es una cláusula de los artículos orgánicos del concordato, añadida por la autoridad civil de Francia, sin el consentimiento, contra la voluntad y á pesar de la resistencia del papa y de la Iglesia.

Ya vé la cámara que aquel argumento de autoridad viene por tierra con solo descubrir que la palabra por el señor diputado reproducida, no es una palabra del papa, sino una palabra de Napoleon. (*Muy bien!*)

Queda, por consiguiente, en toda su integridad la tesis que tuve el honor de sostener ante la cámara en la sesión de anteayer.

El señor diputado ha hecho brillantes esfuerzos de dialéctica y de elocuencia para demostrar que yo estaba en error al afirmar la uniformidad, la invariable perpetuidad de la doctrina de la Iglesia. Nolo ha probado ni puede probarlo.

No lo ha probado, señor presidente, porque cuando él aducía una autoridad á favor del matrimonio civil, por yo no sé qué error en los términos, se refería, una vez, á un matrimonio natural, otra, á un matrimonio clandestino, y al alegar, por fin, la autoridad del papa Pio VII, incurría en un verdadero error de hecho, que él, sin duda ninguna, ha de tener la gentileza de confesar.

Queda, pues, reforzada la verdad de mi doctrina: la inalterable constancia de la Iglesia para enseñar lo mismo respecto de este punto capital de la vida moral, y de la vida social, continuada después de Pio VII por Gregorio XVI, Pio IX y Leon XIII.

He terminado aquí mi réplica; y me parece agotada definitivamente la cuestión en el terreno en que la habíamos planteado el señor diputado por la capital y yo; pero no dejaré la palabra sin asociarme á él en el voto patriótico por el porvenir de la República Argentina, que él no considera comprometido, y yo sí, por medio de este proyecto de ley.

Yo, señor presidente, amo á la República, amo su libertad y su civilización, pero no entiendo que sea una civilización apetecible aquella que en el sentimiento moral se eclipsa, como el señor diputado por la capital reconocía.

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

Yo entiendo por civilización algo más que el enriquecimiento y prosperidad material de una nación, y no me halaga el gran florecimiento de las industrias ni el engrandecimiento pasmoso del comercio, cuando el sentimiento moral está abatido, cuando la fé y el entusiasmo por las cosas nobles y generosas declina en las almas.

No me seduce esa civilización que el señor diputado cree ver en el porvenir, en la cual las eminencias geniales se aplasten, decaigan las artes y las ciencias, para resultar no sé qué entidad anónima en que todos los hombres lleguen á un nivel medio de inteligencia y de cultura. Si tal fenómeno llegara á realizarse en la historia de los pueblos, las generaciones del porvenir mirarian con envidia, volviendo los ojos atrás, á aquellas edades bárbaras en las cuales predominaban oíros ideales, se esculpía el *Moisés* y se escribía la *Divina Comedia*.

No es la civilización ese producto... de causas que yo no quiero clasificar en este momento, y á que llegaremos por medio de enseñanzas análogas á las que el señor diputado elogiaba en la sesión anterior, y que á mí no me fascinan, porque detesto la enseñanza cuando tiene por regla no comunicar al niño el conocimiento de su Dios! Huyo, por el contrario, de esa civilización enfermiza; la temo para mi país, como la mayor calamidad, porque no puede producir, en el orden individual, sino la reproducción de aquel juez inicuo de Jerusalem, que preguntaba: *¿Qué es la verdad?* y volvía la espalda sin esperar respuesta! (*Muy bien!*); y en el orden social, la de aquella turba frenética que clamaba en el pretorio: *Nosotros no queremos mas rey que César!* (*Bravos y aplausos*).

Yo no quiero para mi país una organización amoldada al aforismo de Portalis, jurisconsulto eminente, según muchos, y para mí escriba del cesarismo: *Cuando el Estado no es todo, el Estado es nada*.

No! el Estado tiene sus funciones, fuera de las cuales su acción es acción de tiranía.

Yo veo, señor presidente, en esta tendencia á absorberlo todo en la mano del Estado, amo de la vida en todas sus formas y en todas sus manifestaciones, yo veo, repito, como un reflejo del panteísmo filosófico. Y no es extraño cuando oigo á uno de los maestros del panteísmo, á Hegel, declarar: «¡Si! el Estado es Dios; el Estado es el espíritu divino desarrollándose en formas sensibles y concretas».

¡No! Yo no quiero esa forma de la civilización, porque yo quiero la libertad! Y si estas tendencias y estas doctrinas producen lo que he dicho en el orden individual y en el orden político, pueden en el orden social y en el orden de la familia producir el imperio de las máximas insensatas, que en el delirio de la revolución aullaba *La Mon-*

taña, periódico predilecto de la comuna de París: «No! nosotros no necesitamos ni oraciones ni plegarias para llevar nuestros muertos al hoyo y nuestras mujeres al amor!» (*Aplausos en las bancas*).

Yo quiero para mi país la civilización que consiste en la radicación de la justicia y en el desarrollo de la libertad, en la única forma en que justicia y libertad pueden existir: bajo el amparo de la cruz, bajo la tutela de la verdad cristiana, y realizando en la organización de la sociedad la máxima del Divino Maestro: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios». (*Muy bien! Aplausos*).

Sr. Mansilla—Pido la palabra.

Señor presidente: el debate está en una altura serena, tan elevada, que, cuando uno hecha una mirada á su alrededor, no solo los que escuchan para decidir, sino aquellos que escuchan para juzgar, son solicitados por un sentimiento de profundo respeto por el parlamento argentino.

Una situación como esta tiene necesariamente que llevar al espíritu toda la inquietud que en las grandes ocasiones lo domina á uno si quiere estar á la altura, por lo menos, de su sinceridad.

Mi situación es en un sentido difícil, porque voy á tener que refutar al miembro informante, al elocuente diputado por la provincia de Buenos Aires, representante del elemento católico, y al brillante orador por la capital que arrancó merecidos aplausos.

Esto, dificultando mi posición, hace que mi tesis me embarace. Procuraré, señor presidente, llevar lentamente la piedra de mi deber hacia la cumbre de la montaña; y yo querría poderme alzar hasta una altura en que pudiera, por decirlo así, contemplar dos infinitos, dos mundos, el pasado, el porvenir, la historia y el presente.

No obstante esto, mi posición es, bajo otro aspecto, fácil. Yo no empezaré por manifestar que me siento inquieto por deberes de cierta naturaleza; no tengo aquí maestros, no tengo discípulos. Los maestros no se escandalizarán al oír cuan mal han aprovechado sus lecciones los discípulos; los discípulos no tendrán que hacer enmienda honorable, ante sus maestros, de la enseñanza que recibieron.

No tengo aquí mas que conciencias argentinas, hombres de pensamiento y de ilustración que juzgarán; y juzgando, poniendo la mano sobre su corazón y su conciencia, dirán en su interior: Cualquiera que sea la tesis, ó las tesis, que este orador haya sostenido, ha estado envuelto en una atmósfera de verdad, de sinceridad y de lealtad, dentro del punto de vista de sus apreciaciones.

Decía el miembro informante de la comisión: No voy á penetrar en los libros sa-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

grados; no voy tampoco á desempolvar los manuscritos que se ocultan en las bibliotecas ó en los conventos; no voy á evocar el pasado, ese pasado lejano, remoto, que parece que es lo que mas nos complacemos en traer á la discusion; voy sencillamente á evocar nuestro pasado, casi nuestra historia contemporánea, voy á encontrar el camino que quiero recorrer, en la constitucion de la República, que es nuestro evangelio politico, social, y lo diré: religioso tambien.

Decia el miembro informante de la comision, explicando el preámbulo de la constitucion, que esta palabra Dios, que en él se encuentra, no debia interpretarse en un sentido místico sino politico; y yo, al escucharlo, pensaba que el mismo Mahoma no se atrevió á ser metafísico como el señor diputado. Mahoma, rebelándose contra la civilizacion de su tiempo y contra el Dios de su época, dijo: Dios es Dios y Mahoma su profeta.

El señor diputado ha ido mas lejos.

La constitucion argentina es, no solo una constitucion que creé en Dios, sino que es tambien una constitucion cristiana; y es, como una consecuencia de ello y de la tradicion histórica, una constitucion católica, apostólica, romana.

Tenemos una tradicion; esa es nuestra historia.

Ahi es donde nosotros debemos buscar exclusivamente nuestros antecedentes, como legisladores, cuando nos encontremos en presencia de un problema que ataca todas las conciencias, que hiere todos los intereses espirituales, y que, sin embargo, está llamado á resolver una cuestion sociológica de alta transcendencia, presente y futura.

Pero, ante todo, la verdad. Veamos cual es nuestra tradicion.

Pero aquí me interrumpiré en un sentido, para replicar á mi noble amigo el diputado por la provincia de Buenos Aires, José Manuel Estrada.

El decia, sin aperebirse que al afirmarlo atacaba la constitucion de su propio país; él decia, y lo apuntaba como un decálogo abominable, que los derechos del hombre proclamados en Francia habian corrompido las nociones morales de la humanidad.

En 1776 se proclamó la independencia norte americana, y decian aquellos patriotas el 4 de Julio: «Cuando, en el curso de los acontecimientos humanos, se hace necesario que un pueblo se separe de otro con quien ha estado unido, para ocupar entre los estados una posicion independiente y adecuada al derecho que Dios y los hombres le conceden, el prudente respeto que al público se debe, exige la manifestacion de las causas que le impelen á separarse. Es para nosotros evidente que todos los hombres son iguales

por naturaleza; que á todos los ha dotado el Creador con ciertos é indispensables derechos, entre los cuales figuran la vida, la libertad y la consecucion de la felicidad. No es tampoco menos cierto que para la seguridad de estos derechos han sido establecidos los gobiernos, cuyo lejítimo poder dimana del consentimiento de los gobernados. Y, por consiguiente, donde quiera que una forma de gobierno se convierte en instrumento para la destruccion de estos fines, el pueblo está en el derecho de cambiarla, abolirla, y crear un nuevo gobierno, basándolo en los principios y organizándolo en la forma que mejor convenga á la realizacion de su bien estar y felicidad. La prudencia aconseja que no se cambie por motivos leves y transitorios los gobiernos que cuentan muchos años de existencia; y por eso vemos que la humanidad se ha inclinado mas á sufrir, mientras los males han sido tolerables, que á rebelarse contra el régimen á que estaba acostumbrada.» Y sigue.

Trece años despues, la asamblea francesa proclama los derechos del hombre; y ella dice, sintéticamente, lo mismo que dijeron nuestros hermanos del norte de América: «Por consecuencia, la asamblea nacional reconoce y declara, por la presente y bajo los auspicios del Ser Supremo, Dios, los siguientes derechos del hombre y del ciudadano: Los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos; por tanto, las distinciones sociales no tienen mas fundamento que la utilidad comun. El objeto de toda sociedad política, es la conservacion de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre, á saber: la libertad, la seguridad, la propiedad y la resistencia á la opresion. El principio de toda soberania reside esencialmente en la nacion, y ningun individuo ni corporacion puede ejercer autoridad alguna que no emane precisamente de aquella. La libertad consiste en la facultad de hacer todo aquello que no perjudique á otro. Por tanto, el ejercicio de los derechos naturales de cada uno no tiene mas limites que los que afianzan á los demás miembros de la sociedad en el goce de iguales derechos. Solo las leyes pueden determinar estos limites. La ley no puede prohibir mas que las acciones nocivas á la sociedad; ni puede impedir hacer lo que la ley no prohibe, ni obligar á nadie á ejecutar lo que la ley no manda. La ley es la expresion de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen derecho á contribuir á su formacion, personalmente ó por medio de representantes, y ya sea que proteja ó que castigue, debe ser la misma para todos. Todos los ciudadanos, como iguales ante la ley, son, del mismo modo, admisibles á los cargos, dignidades y empleos públicos, segun su capacidad y sin mas distincion que las de la virtud y el mérito.»

Diriase que estamos leyendo las declaraciones de principios de nuestra propia constitucion.

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

1.ª Sesión de próroga

Ponga, cada cual de los que me escuchan, la mano sobre su memoria, y diga si exagero ó no.

Y bien: despues vino el acta de la independencia de Tucuman, en 1816. ¿Para qué he de recordar las palabras de aquel documento inmortal? Seria ofender el patriotismo de mis conciudadanos hacer la lectura de ese documento. Allí tambien se habla de Dios, sin denominarlo en esa forma: se dice: «El Ser Supremo.» Y es invocando su favor: su proteccion, su amparo, su inspiracion, que este pueblo, oprimido por la España, declaró que queria ser libre, y lo fué. ¿Que vino despues de esto? La guerra de la Independencia, y en seguida la anarquía, y en pos de la anarquía la guerra civil, el caudillaje, la tiranía, la supresion real y efectiva de los derechos del hombre, de esos derechos proclamados por la asamblea francesa, proclamados por los patriotas nort-americanos, y proclamados por los patriotas argentinos en San Miguel del Tucuman.

Y; cuán largos años duró esta lucha, que por mas que, nos empeñemos en apartar su recuerdo luctuoso de la memoria, á todos nos hirió profundamente, porque los que no fueron víctimas, real y efectivamente lo fueron por las complicidades de sus antepasados!

Pero aquello no podia ni debía durar, porque la nacion se habia puesto, en reiteradas ocasiones, bajo el amparo del Ser Supremo, bajo el amparo de Dios, de ese Dios que yo no he entendido, no entiendo ni entenderé como lo entiende el señor miembro informante de la comision: un Dios político, sino como una cosa incomprensible, que mora en regiones supersensibles, y que es, por decir así, el vínculo entre lo finito, que es el hombre, y lo infinito, que es toda la creacion.

La revolucion estalló, porque las revoluciones son explosivas como la pólvora de cañon, y, al ser explosivas como la pólvora de cañon, iluminan la humanidad é iluminan tambien la mente y le revelan misterios desconocidos al corazon.

Al dia siguiente de una revolucion, los hombres parece que volvieron á tener el conocimiento de si mismos. Un minuto, una noticia, basta para cambiar todo el modo de pensar y de sentir de una ciudad, de una sociedad, de un pais, de un pueblo, del universo entero, quizá!

Y esto fué lo que sucedió en la República Argentina.

Al dia siguiente de derrocada la tiranía de Rosas por el general Urquiza, no se oyó, porque eso no se puede oír sino en el hoyar, un suspiro; solo se sintió algo como una satisfaccion inefable de contento. Todos eran otros, todos habian cambiado, porque el paso de la opresion á la libertad habia sido

súbito, rápido, hasta como una sorpresa, porque aquella habia durado tanto tiempo y los mas fuertes se habian familiarizado tanto con el crimen, con la persecucion y con el robo, que hasta dudaban del testimonio de su propia existencia.

En este estado de cosas el vencedor dijo lo que no podia dejar de decir, porque lo habia prometido, porque habia dado un manifiesto á los pueblos ofreciendo que si la tiranía era derroctada, reivindicarian todos y cada uno de los que se llamaban argentinos este derecho: de llevar la cabeza sobre los hombros, lo que equivalia á poder adorar á Dios tal como cada uno lo entiende y lo concibe. Porque la tiranía nos oprimía de tal manera que no teniamos ni la libertad de adorar á Dios!

¡O no estuvieron profanados los tómplos! ¡O no se pusieron las imágenes de los tiranos y los colores de la opresion en esos templos!

Y no se me argumente con que debiamos ser mártires, porque á esto yo contestaré que no se debe traer á colacion la memoria de Pio VII, para argüir con ella á los que como nosotros no piensan, porque ese hombre ejemplar en los momentos en que aquella exigencia se le hacian estaba prisionero en Savona.

La Iglesia no existia, propiamente hablando, durante la tiranía; la Iglesia no existia, propiamente hablando, durante el caudillaje; la Iglesia no existia, propiamente hablando, durante la anarquía y la guerra civil, á no ser que tomemos esta palabra en su baja y vulgar acepcion.

Triunfa este caudillo afortunado, el general Urquiza, cuyo nombre sea cuales fueren los errores en que incurrir pudiera, surgió para pasar á la posteridad. ¿Y qué hizo? Elijió, para dictar la constitucion de la República Argentina, á los hombres mas mansos del pais; no eligió á los hombres de un temple escepcional, ideólogos ni fanáticos, como los que estaban legislando en la Montaña, negando la divinidad, negando que hay medio único de constituir honesta y moralmente la familia y de hacer que esto que sustancialmente es igual á nosotros, que se llama la mujer, pero que fisica y fisiológicamente es inferior á nosotros, sea igual á nosotros.

Estos santos varones se reunieron en congreso, en la ciudad de Santa-Fé.

Voy, con permiso de la cámara, á hacer lectura monotisima, pero, ¿quién de vosotros señores, no encontrará en ella el apellido de alguno de vuestros antepasados? Y esta filiacion es en extremo interesante, porque cuando en la historia de la humanidad se cita un nombre, es inútil recordar las cosas que pasaron bajo el imperio de la influencia de él.

Cuando se dice: la época de Sila, ya sabe-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

1.ª Sesión de próroga

mos lo que pasaba en ella. El recuerdo de aquellas proscripciones terribles nos asalta como una maldición. Cuando se dice: el siglo de Voltaire, no hay necesidad de explicar cual era filosofante esa época.

¿Necesitamos entonces explicar cual era, cual debia de ser el estado de la conciencia, cuando estos hombres eran llamados á legislar y á darnos la constitucion, en virtud de la cual estamos ahora haciendo uso de todos nuestros derechos?

Y aqui me interrumpe para decir á mi honorable amigo José Manuel Estrada: ¿por qué estraña aberracion encuentra que estamos en decadencia social, cuando tenemos el derecho de hacer vibrar nuestra voz en este recinto, para que vaya su eco hasta los mas apartados confines de la República á decir á todos los estantes y habitantes: Comparad el pasado con el presente y decidme si estamos en decadencia moral!

Y aqui contesto tambien á la parte mas aparentemente sólida del brillante discurso del doctor Zeballos, cuando con énfasis y levantándose hasta la elocuencia patética increpaba á los doctores de la teología, como doctor laico que es él, y les decia: ¿Que habeis hecho vosotros mientras nosotros (se referia á los jóvenes) ibamos á los cuarteles á empuñar las armas libertadoras?.....

Sr. Zeballos—No me he referido á los jóvenes sino á los laicos.

Sr. Mansilla—Desearia que el debate siguiera como hasta aqui, sin que la mas mínima interrupcion perturbára al orador, nó porque á mi me molestan las interrupciones, sino por ejemplos saludables que conviene dar!

Sr. Zeballos—Le pido disculpa.

Sr. Mansilla—He dicho y lo repito: ha sido la parte mas aplaudida de su discurso la menos sólida.

La palabra artisticamente modelada le dió á la frase todo el aspecto de una consistencia que no tenia.

La religion no es causa, es efecto de un estado dado de civilizacion. Y si esta religion católica que ahora profesa la inmensa mayoría del pueblo argentino, no tiene todo el esplendor, todo el prestigio que ella debe tener, no es culpa del elemento espiritual; es culpa del elemento laico que todos los dias zapa los altares por su propia base.

¿Qué es lo que pasa? A ver si es verdad lo que pasa, tal como voy á decirlo.

Me tengo que casar; me caso: Pero ¿cómo? Del único modo posible, permitido y legal: ante el sacerdote católico.

Pero me rio del fraile! Y digo: si la dispensa la puedo comprar! si todo es cuestion de plata! (Risas) Y en seguida vienen los hijos; y los bautizo! y me rio del bautismo! (Risas).

Y cuando se habla de que es necesario enseñar en las escuelas á creer en algun Dios, nos dicen: Nó, basta con la moral científica; como si todos los que á las escuelas van estuvieran predestinados á ser sábios. Desgraciadamente, sucede al revés! (Risas).

No hay mas que un solo elemento que sostenga la Iglesia y la religion mientras el hombre las zapa en sus cimientos, (y muy fuerte debe ser la institucion cuando ya no se ha desplomado): es el elemento eminentemente platónico é idealista, y necesariamente desinteresado: la mujer! La mujer, que lo manda al diputado Zeballos á la cámara con esta consigna: defiende tus principios, hijo mio; no ataques la religion. Y el diputado Zeballos entiende que, asumiendo la actitud que asumió, sirve á Dios, es decir, á su digna madre, y no ofende al diablo. (Risas)

No es para arrancar una protesta; pero aqui, cuando legislamos,—y legislar no es pedir subvencion para un templo,—no hay voces de padre, ni de madre, ni entrañas que deban hacer callar los dictados de la conciencia; aqui no debemos tener alma; aqui no debemos tener mas que creencias y fé en alguna cosa.

Pero hasta el mismo juramento que prestamos sobre esa mesa suele no ser mas que un acto virtual de hipocresia.

Yo le diria al señor diputado ¿en qué cree? Cuando convenia á sus tesis, sostenia la existencia del paraíso terrenal; cuando no convenia á su tesis, nos hablaba de las edades prehistóricas. De manera que para él habia dos cosmogonias acomodaticias.

Pero el señor diputado ¿qué es? ¿Es ultramontano? ¿Es conservador? ¿Es liberal, dentro del catolicismo? ¿Cuáles su moral? ¿Es la moral científica? ¿Es la moral cristiana? ¿Es la moral autoritaria?

Yo sostengo que hay muchas escuelas de moral, pero que no hay mas que una sola moral: la moral del evangelio.

Y ¡ay de los pueblos que desde el principio se separan de ella, porque están condenados, nó á una decadencia, sino á una corrupcion inevitable!

Decia mi noble amigo José Manuel Estrada que la constitucion nos mandaba fomentar la inmigracion europea.

En efecto, hay un artículo de la constitucion en que esto está formulado como un voto; pero la constitucion, en otro artículo, dice que es una atribucion del congreso fo-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

mentar la inmigración. No dice qué inmigración: la inmigración de todo hombre que creamos que pueda ser útil á nuestro país.

Corrijo de paso esta tesis porque ella fué establecida como si no admitiera, absolutamente, la mas mínima contradicción.

Voy á leer aquí la lista de los constituyentes que dictaron la constitución que nos rige.

Facundo Zuviria, presidente y diputado por Salta.

¿Quién no conoce á don Facundo Zuviria? Hace muy poco tiempo que en este mismo recinto yo tenia la satisfacción de informar en un asunto de pensión referente á una hija política de este distinguido ciudadano. Era un católico fervoroso, como son casi todos los de su estirpe.

Pedro Zenteno, diputado por Catamarca. Ya ha hablado de él ayer mi distinguido colega el doctor Zeballos. ¡Este se iba á la otra alforja! (*Risas*). Este era un Torquemada! (*Risas*). Y no digo un Torquemada en mala parte, porque es necesario recordar, ya que la risa se produce, que Torquemada no fué mas que el representante de un momento histórico, y que en esos momentos históricos las muchedumbres son las que pierden el sentido moral. Torquemada era un hombre de bien, era un hombre honrado; era incapaz de apoderarse de lo ajeno.

Pedro Ferrer, diputado por Catamarca, ex-gobernador de una provincia.

Todo el mundo sabe el papel que representó durante la guerra civil.

Juan del Campillo. Aquí está su hijo (señalando al señor diputado Campillo).

Naturaleza plácida, espíritu cultivado, carácter envidiable; en una palabra, era un hombre de conciencia y de ciencia, forrado en un cumplido caballero; ministro acreditado despues cerca del papa, durante el gobierno del general Urquiza.

Santiago Derqui, diputado por Córdoba. ¿Qué era el doctor Derqui? Afirmo, porque estuve en contacto con él, que no solo era un hombre político de carácter, calumniado por la prensa que se llamaba liberal entonces, sino muy católico y creyente.

Pedro Díaz Colodrero. ¿Quién no ha conocido al viejo Colodrero? (*Risas*). Se hizo célebre en el congreso de Santa-Fé, que no era como este congreso. Deliberaban allí en una sala pequeña; y no por ser pequeña, la obra que allí se dió á luz dejó de ser grande. Habiendo sido interrumpido, Colodrero miró á su interruptor, y le dijo con este lenguaje naturalista: Cuando un burro... habla, el otro no rebuzna. (*Risas*). Este es don Pedro Colodrero.

Luciano Torrent. Ha sido nuestro colega hace poco tiempo, y todo el mundo conoce sus opiniones.

Juan María Gutierrez. El único espíritu un poco sospechoso; pero no abjuró la religión de sus padres, y católicamente fué enterrado. Si no murió católico, allá se las campanee. (*Risas*).

Manuel Padilla, diputado por Jujuy.

José Quintana. Lo he conocido personalmente. Fué diputado en el congreso del Paraná.

Martín Zapata, diputado elocuente.

Agustín Delgado. El señor Agustín Delgado todo el mundo sabe quién es. Es el padre de la señora esposa del señor Lucas Gonzalez. Ha sido ministro de la suprema corte, y cuando se le enterró, un orador argentino, eminente, hizo un discurso sobre su tumba.

Salvador María del Carril. He sido su secretario privado. Afectaba no creer en nada. Había sido ministro de Rivadavia. Era un hombre de exterioridad seductora; me recordaba á Lord Brugham. Tenia su elocuencia en la conversacion privada; escribía con suma gracia. Murió encomendando su alma á Dios, rodeado de sacerdotes.

Ruperto Godoy, diputado por San Juan. Repetible persona.

Delfín Huergo. Ha sido, como se sabe, ministro argentino.

Juan Llerena, diputado por San Luis.

Francisco Seguí. Ya hizo su clasificación mi honorable colega por la capital, en la sesión anterior.

Manuel Leiva, diputado por Santa Fé.

Benjamin J. Lavaisse. ¿Qué diré de él?

Benjamin Gorostiaga. No conozco mejor católico que él, ó jugaban á los despropósitos los católicos cuando últimamente sostuvieron su candidatura á la presidencia de la República.

Fray José Manuel Perez. Diputado por Tucuman.

Salustiano Zavalia. El padre del tan ilustrado doctor Zavalia, miembro de la suprema corte de justicia.

Jose María Zuviria. Secretario, acaba de escribir un libro sobre estas cuestiones.

Eh bien; esos hombres ¿qué podían anhelar para el país?—Una constitucion en la que predominara el soplo del sentimiento cristiano. ¿Por qué?—Porque el pasado no habia sido cristiano. Y tan no habia sido cristiano, que en esa misma constitucion habia un artículo que decia: «Quedan prohibidas las ejecuciones á lanza y cuchillo.»

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

Entonces, estos hombres necesitaban empezar invocando los auspicios de Dios. Pero tenían que hacer algo más, porque no se debe confundir la religión con el culto: tenían que consignar, como lo consignaron, que el culto católico, apostólico romano, sería sostenido por el Estado.

No hay que confundir la religión, que es la fé, que es la cosa sublime en que uno cree con mas ó menos intensidad. Eso no se decreta. El culto es el homenaje que se le debe rendir á esa fé.

Y tan esto es así, que cuando se promulgaron despues las constituciones de las provincias, constituciones que entonces no se podían promulgar sin que ántes vinieran al congreso para ser revisadas,—cada una y todas las provincias hacían declaraciones concordantes con la constitucion nacional.

La provincia de Santa Fé fué más léjos que las otras, y declaró—ahí está en su constitucion actual—que la religión de la provincia de Santa Fé es la religión católica, apostólica, romana. No dice: el culto.

¿Se puede entonces sostener, en conciencia y en verdad, que la constitucion de la República Argentina no es una constitucion cristiana y por ese hecho humana, y por ese doble hecho católica, puesto que la religión católica apostólica, romana es una religión humanísima, en cuanto lo que mas alto proclama es que se haga efectiva la ley de la caridad y la ley de la fraternidad?

Nosotros hemos copiado mal la constitucion de los Estados Unidos. Todavía sentimos las consecuencias de estos plagios inconscientes, de estas traducciones mal hechas.

Es muy diferente el preámbulo de una y otra constitucion.

«Nos, los representantes,» dice el preámbulo de nuestra constitucion, y sigue lo que los señores diputados saben de memoria, invocando la proteccion de Dios, fuente de toda razon y justicia.»

En la de los Estados Unidos nada de esto dice el preámbulo. «Nos, el pueblo de los Estados Unidos, con el objeto de hacer mas perfecta la union, establecer la justicia, consolidar la tranquilidad doméstica, proveer á la defensa comun, promover el bienestar general y segurar los bienes de la libertad para nosotros y para nuestros sucesores, ordenamos y establecemos esta constitucion para los Estados Unidos de América.»

Absolutamente ni una palabra de Dios, ni del ser supremo, ni del arquitecto del universo. «que es la fórmula masónica.—¿Pero porqué? Por una razon muy óbvia: porque los primeros pobladores de la América del norte salieron perseguidos de Inglaterra por el fanatismo protestante de Cromwell, y

porque todo lo que fuese mezclar la idea religiosa á la política tenia que repugnarles, al revés de la tradicion argentina.

Cuando estos pobres españoles, tan calumniados por algunos, vinieron á la América, traían no solo la fé de la codicia; traían esta cosa que era de sus tiempos, que era de su época: traían la fé, porque entonces la fé era la civilizacion, era el cristianismo.

Se dice que ninguna cruzada tuvo éxito; pero M. Le Maître dice con razon: *Nulle croisade réussit, mais toutes les croisades réussirent*. Porque fueron la perseverancia en accion de uno de los fanatismos mas fecundos en la historia de la humanidad.

Entonces se comprende perfectamente bien que nuestros abuelos, que los patriotas que proclamaban nuestra independencia en San Miguel del Tucuman, como nuestros padres cuando hacían nuestra constitucion en Santa Fé, no pudieran emanciparse de esta idea: que el buen pueblo argentino habria de vivir siempre obedeciendo la ley de Dios.

Francamente, yo les pido y les he pedido en el retiro de mi soledad á estas páginas mudas de la constitucion, escritas por aquellos hombres, que me revelen su intencion, y me he dicho á mi mismo, en presencia de esta necesidad que experimentaba de fundar mi voto en esta cuestion que nos ocupa, si al leer en esa constitucion lo que yo leía, al interpretarla tal como la interpretaba, estaba ó no en la verdad histórica; y me he contestado, con toda sinceridad: Estoy en el terreno de la verdad histórica; esto es lo que han querido los constituyentes.

Ahora, si las generaciones del porvenir quieren otra cosa, tendremos que buscar el remedio, tendremos que emprender una campaña para que se reforme la constitucion, para hacer que la Iglesia sea libre en el estado libre, y entonces, no estaríamos juzgando á las ficciones, no estaríamos dando á las palabras interpretaciones que no tienen, ni estaríamos, contra toda evidencia, simulando tendencias que acaso no responden á una necesidad urgente, del momento, en el país.

Sr. Lársen del Castaño—El distinguido orador que tiene la palabra está fatigado y agradecería que la cámara pasara á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, dice el

Sr. Presidente—Continúa la sesion.

Sr. Mansilla—Me parece haber demostrado, primero, que en virtud de la constitu-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

cion, si estamos obligados á fomentar la inmigracion europea, no nos está prohibido, sino al contrario nos está mandado por la constitucion, fomentar toda clase de inmigracion, siempre que ella responda á los fines generales de la constitucion nacional,

Contesto con esto á una parte del discurso de mi noble amigo, José Manuel Estrada,

Me parece tambien haber demostrado que la religion, tomando esta palabra en su mas lata acepcion, no es causa de un estado de civilizacion ó de cultura, sinó efecto de ese estado de civilizacion ó de cultura.

Me parece tambien haber demostrado que en la constitucion argentina, en nuestro código fundamental, en la antorcha que debe servirnos siempre de guia en todas deliberaciones, hay un soplo eminentemente cristiano. La fé del pueblo argentino, segun la declaracion del preámbulo de la constitucion, es la fé del cristianismo.

Y me parece tambien haber demostrado que el culto de la constitucion, el culto á que ella quiere que se le rinda homenaje, el culto oficial bien entendido, es el culto católico, apostólico, romano.

En el desenvolvimiento de mi discurso he cometido una injusticia al apreciar las declaraciones de mi ilustrado amigo el diputado Zeballos, y debo aqui, para evitar una réplica que, sin embargo, me habria sido agradable escuchar, decir que él me ha manifestado que su concepto no ha sido tener dos sistemas acomodaticios para hacer uno alternativamente de uno de ellos ó del otro, segun que este ó aquel favoreciera á su ésis; él, colocándose en el terreno eminentemente católico, aceptando como verdadera la biblia, es decir, la cosmogonia católica, declaró que pertenecía á otra escuela filosófica, en una palabra, que él era transformista.

Prosigo, entonces, repitiendo, y sobre esto recalco intencionalmente, que hay un soplo eminentemente cristiano en nuestra constitucion, que ella está animada y vivificada por ese soplo; y entonces digo que: *El orador empieza á leer lo que sigue.*

«El cristianismo comienza una faz y una cultura nuevas en el desarrollo de la humanidad; reforma el principio mismo de toda ciencia y cultura, tomando inmediatamente en la vida su punto de partida, y preparándose, por lo mismo, de medios de accion sobre todos los hombres, lo mismo sobre los mas humildes que sobre los mas favorecidos por la naturaleza. El cristianismo tenia, pues, por mision, en el orden providencial de las cosas, cambiar todo el aspecto del desarrollo humano, armonizar la ciencia y la vida, la especulacion y la realidad, la filosofía, la moral, la política y la religion, desarrollando, sin embargo, de una manera especial y predominante, el elemento de

movimiento y vida despreciado en el desarrollo de la antigüedad, y supliendo para la generalidad de los hombres, el principio del pensamiento filosófico, con el principio de la fé.

«El cristianismo, lo mismo como religion que como filosofía, es un nuevo engerto en la existencia humana. No hay, en mi entender, ninguna excision radical entre el mundo cristiano; el primero no debe reprobarse solo por ser pagano, ni justificarse el segundo, solo por haber seguido á la venida del Mesias. Entiendo, por el contrario, que el mundo antiguo ha cumplido una mision legítima en la historia, y solo ha sucumbido despues de haber realizado de un modo parcial, á lo menos, esta mision.»

Esta es la historia de la humanidad. Por eso tenemos guerras; por eso lo que se llama paz no es mas que una trégua; y por eso á mi no me agitan ni me inquietan los temores á que se referia mi elocuente amigo el diputado Zeballos. Por eso yo no pienso que la Europa esté amenazada de una decadencia, porque ya no hay un poeta lirico que cante; en cambio de ese poeta hay otros sábios en cuyos libros el señor diputado ha adquirido la ciencia que sabe y que profesa.

«Ha venido, (*sigue la lectura*), naturalmente antes del cristianismo. Seria inexplicable la doctrina cristiana, si se pretendiese abstraerla en su origen y en su desarrollo, de la filosofía oriental, de la filosofía griega y sobre todo, de la filosofía alejandrina.

«El cristianismo las ha completado mediante un principio superior; he aquí su obra filosófica.»

Yo sé bien que estas palabras repugnan á ciertos espíritus, pero las empleo expresamente.

«Pero aunque no sea una excision, no es tampoco un puro desenvolvimiento de la civilizacion greco-romano; es, como he dicho, un nuevo engerto, es decir, un nuevo período en el desarrollo biológico. En Cristo termina la antigüedad y comienza el mundo moderno; y aunque este solo sea posible mediante la antigüedad, en donde ha echado sus raíces, la antigüedad y el mundo moderno constituyen, sin embargo, dos épocas esencialmente distintas en la vida de la humanidad. El cristianismo reina, además, sobre pueblos, sobre razas diferentes de las antiguas. Su teatro, es, á la vez, nuevo y mas vasto. En cuanto se constituye, enviale Dios la hordas del norte, los pueblos germánicos, para que los civilice y funde sobre ellos su imperio europeo.

«Pero lo que demuestra de un modo aun mas patente que el cristianismo no es una simple continuacion del mundo antiguo, por mas que haya sido preparado por él, son las concepciones respectivas que dominan estas

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

dos épocas. La antigüedad no había comprendido al hombre mas que en sus relaciones políticas; la personalidad humana se limitaba á la cualidad de ciudadano; el hombre no gozaba de una existencia personal, como tal hombre, sino como miembro del estado; de aquí, la institucion de la esclavitud, la degradacion de la mujer y por consiguiente la imposibilidad de constituir la familia. La filosofia no podia hacer, en semejantes condiciones, mas que elevarse, sobre la sociedad y la religion popular; lejos de activar la obra social, debia servirle de contrapeso y hasta procurar destruirla. No sucede lo mismo en el mundo cristiano primitivo. El cristianismo ha santificado la filosofia uniéndose á ella para establecer la sociedad sobre una base mas racional. La filosofia no se vé ya obligada á separarse de la sociedad ni de la religion; se constituye socialmente y concurre con la religion al desarrollo de las instituciones, de las costumbres y de las inteligencias. ¿Cuál es la razon de esta diferencia en la posicion de la filosofia respecto al mundo antiguo y al mundo cristiano? ¿Por qué, de poder reformador y destructor, se convierte súbitamente en un poder organizador? Porque el cristianismo habia cambiado todas las condiciones sociales. La sociedad antigua estaba enferma; la filosofia, siempre fiel á su mision, intentó una reforma: esta reforma la llevó á cabo y la organizó con la ayuda del cristianismo. Esta religion encerraba precisamente el germen de renovacion que necesitaba la filosofia. En efecto, el cristianismo concibe al hombre, no diré en la plenitud de su existencia y de sus relaciones, pero sí en las mas universales y completas en sus *relaciones espirituales y religiosas*. Segun esta doctrina, el hombre está estrechamente unido con Dios y solo de éste, no del Estado, es de quien recibe su cualidad de hombre, su naturaleza, su *personalidad*. Bajo este punto de vista, todos los hombres son iguales: por consiguiente, no hay esclavos por naturaleza; bajo este punto de vista, la mujer no es la sierva, sino la compañera del hombre; el hombre y la mujer, iguales en dignidad, componen la *familia*, la primera sociedad humana.» (El orador concluye la lectura.)

Expresamente no he querido abandonarme á las traiciones de la improvisacion.

Esta es mi tesis.

La constitucion argentina es una constitucion eminentemente cristiana.

Ahora bien: ¿qué es esta ley?

Se ha dicho por el señor miembro informante de la comision: esta ley es una ley de justicia, es una ley de libertad, es una ley de equidad.

Cuando se encuentra la palabra para calificar un acto, un hecho, una aspiracion, parece que se ha resuelto un problema, y de

buena fé lo creen aquellos que han encontrado el calificativo.

Pero sostengo, señor presidente, que esta ley, dentro del soplo cristiano de la constitucion, ni es una ley de justicia, ni es una ley de equidad, ni es una ley de libertad: esta ley, dentro del espiritu cristiano, es una ley de igualdad, y, por consiguiente, es una ley que todos nosotros debemos votar tranquilamente, porque sirve para dar satisfaccion á todas las conciencias, sea cual sea el credo, sea cual sea la fé y el culto que se profese.

Ley de igualdad, porque la constitucion, queriendo que séamos cristianos, que tengamos esta fé en esta civilizacion que está llamada á desarrollar, ha querido una igualdad; que todos los hombres sean iguales; y esto no lo puede reprobar ni rechazar la iglesia; porque ella es la primera en proclamarla igualdad de los hombres ante Dios; porque somos emanacion de Dios, una partícula de Dios, y es por eso que elevamos nuestro espiritu hácia él, queriendo forjar un gran todo con la divinidad.

Ahora ¿cuáles van á ser las consecuencias de esta ley, el dia que ella sea promulgada?

Francamente, ante todo necesitamos llevar la tranquilidad á la familia, al hogar, y decirle lo que ha debido decir la Iglesia, incorporándose, no al movimiento que nosotros promovemos, sino á este movimiento que nos viene de lejos, porque estas leyes de la dinámica moral no pueden contrarrestarse con ninguna fuerza, con ningun poder social.

Nosotros estamos solicitados por esta exigencia: por civilizaciones que copiamos, y que podemos copiar, porque son civilizaciones mas adelantadas que nosotros. Necesitamos, lo repito, llevar la tranquilidad al hogar, á la familia, y hacer entender á todos los habitantes de este país que, no por dictarse esta ley, ellos deben dejar de hacer consagrar el matrimonio civil, el contrato, ante su culto.

Entonces, de mi punto de vista, esto será lo que debe ser: no solamente un contrato social perfectamente explicable, sino un contrato ante Dios, ante la religion que cada cual profese.

Entonces, la familia estará constituida segun el espiritu del verdadero cristianismo y tambien, lo repito, estará constituida segun las leyes especiales de la Iglesia, por mas que ella lo quiera negar en un momento de resistencia y de obsesion.

¿Cómo pasan las cosas en el resto del mundo? ¿Acaso no está bien constituida la familia en Italia? ¿Acaso no está bien constituida la familia en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, aunque este no sea un país exclusivamente católico? ¿No está bien constituida la

familia en los Estados-Unidos? ¿Cómo se casan allí? Se casan civilmente, y después cada cual va á consagrarse en el altar de su religion. Este es un contrato que se hace para que la familia tenga leyes y esté sujeta á prescripciones que no se pueden eludir.

No es el fanatismo de la Iglesia el que me pudiera hacer estar dividido con ella algunas veces. He estado en presencia de todos los fanatismos; y, si no fuera por temor de fatigar la atención de la cámara, yo referiría aquí rasgos de fanatismo musulmán, rasgos de fanatismo protestante, rasgos de fanatismo de la iglesia griega, que es cristiana también, como no los he presenciado jamás en Córdoba, en la época en que esa ciudad era, como se acaba de decir, el foco del atraso y de todo el fanatismo argentino;—como no los he visto en Roma.

Yo he visto hacer gala de irreverencia á los protestantes, bajo las cúpulas sagradas de San Pedro; y he visto á esos mismos protestantes obligar á salir por la fuerza, en la basilica de San Pablo, á los que intentaron hacer lo que ellos habían hecho impunemente en Roma.

No! Esta ley es una ley de igualdad, y esta ley de igualdad no puede estar, y no lo está, reñida con el espíritu de la constitucion.

Yo he querido fundar mi voto; hacer acto de conciencia, como intérprete de la constitucion. Es este mi deber.

He querido también hacer acto de conciencia como un hombre que vive en una sociedad, que observa, cuya marcha sigue con inquietud.

Yo he querido también hacer acto de conciencia diciendo á esta sociedad: la inmensa mayoría del pueblo argentino tiene una fé cristiana y un culto—el católico.

No nos descarrilemos en el camino, y no por dar amplia satisfaccion á todos los intereses—porque es necesario percibirse de esta verdad: que basta que se perturbe un solo interés para que esté rota la armonía social—no nos descarrilemos, digo, y vayamos á herir á una iglesia que es gloriosa en nuestras tradiciones.

Pero, á esa misma iglesia, yo le digo: que si nos apresuramos á abrir la campaña para emanciparla del estado, ella podrá un día ostentar lo que hoy no puede; ella podrá algún día decir: soy fuerte, poderosa, rica, tengo prestigio, porque espontáneamente el pueblo argentino me sostiene.

Después de esta campaña en favor del matrimonio civil, hay algo que comprender, y lo emprendemos: dejar la constitucion ar-

gentina espurgada de esto que en su hora pristina no fué un error, pero que es en este momento, según mi modo de pensar y de sentir, incongruente con las conquistas de la libertad moderna!

He dicho.

Sr. Goyena—Pido la palabra.

Yo no quiero, yo no puede dejar de incorporarme á este debate, por que entiendo que están comprometidos en él los intereses religiosos y, por la misma razón, los intereses morales de mi país; y como son ellos el objeto preferente de las preocupaciones de mi espíritu y de la sollicitud de mi corazón, no guardaría jamás silencio al verlos amenazados.

En esta cámara se tratan con frecuencia cuestiones de finanzas, cuestiones políticas, de aplicación inmediata, y otras análogas, y asisto generalmente silencioso á esas discusiones, observando el giro de los sucesos, aplaudiendo con toda la sinceridad de mis sentimientos y apoyando con mi voto aquellas iniciativas surgidas de la juventud que milita en las filas mismas de la mayoría, cuando tienden á dar á los negocios públicos una dirección conveniente para los intereses del país.

Yo puede guardar silencio en esas cuestiones, por que entiendo que es más eficaz, por ser menos sospechosa en esos casos al sentimiento político de la mayoría, la palabra de aquellos que, formando en sus filas, representan el espíritu dominante en esta honorable cámara.

Pero cuando se trata de la presente cuestión, yo recuerdo aquellas palabras divinas: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán añadidas.»

Si los intereses religiosos, si los intereses morales del país no son agredidos, no son vulnerados, habrá buena política, habrá buenas finanzas, habrá buena administración.

Eso se derivará de aquel profundo consejo de la sabiduría suprema.

Pienso que un proyecto como el sometido actualmente á la deliberación de la cámara, que afecta la constitución de la familia y los elementos esenciales de la sociedad; que un proyecto de tanta trascendencia como se dijo en el senado y como la solemnidad misma del debate actual lo hace sentir, exige imperiosamente á un católico sincero terciar en él.

Hace algunos años, señor presidente, que se ha iniciado en la legislación argentina, conexa con las cuestiones religiosas, una tendencia bien rara por cierto, cuyo origen misterioso no alcanzo á definir apesar de la se-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

renidad de espíritu con que pretendo estudiarla.

Yo hablo con espíritu tranquilo y he probado á la cámara y al país, en mas de una ocasion, que cuando se trata de graves intereses, sé combatir los impulsos tumultuosos del corazon, sé acallar los sentimientos individuales, para ver de formar un juicio acertado y concurrir con mi voto á la sancion que reclaman el bienestar, el progreso y la felicidad de mi país.

Yo me he preguntado

¿De dónde ha venido, de cuatro, de seis años á esta parte, esta tendencia en el congreso argentino á establecer la laicidad en todas las relaciones de la vida?

¿Por qué fué que á mediados de la administración pasada, con motivo de regularizar la organizacion de las escuelas en la capital de la República, se llegó un día á cambiar completamente el carácter de la enseñanza dada en ellas?

¿Quién lo habia pedido? ¿qué movimiento popular se habia iniciado gestionando ese cambio radical, esa trasformacion de la escuela de donde habia fluído la luz y la salud moral para las generaciones argentinas, tanto en esta ciudad, la primera de todas en el país, como en el último villorrio donde habia una casa de enseñanza?

¿Por qué se borró el Cristo de la primera página de la cartilla en la que se inicia al hombre incipiente, infantil todavia, en los misterios de la ciencia?

¿Por qué se desterró al Cristo de la escuela? ¿Por qué, señores, se desterró al Cristo de ese lugar sagrado y se mandó que el nombre de Dios no fuera ya oficialmente pronunciado allí?

Yo buscaba la causa de esto; me preocupaba de estudiar, en el seno de esta sociedad, cual seria aquella agrupacion de argentinos que hubiese modificado sus creencias; cuales serian aquellos elementos nuevos incorporados á nuestra sociabilidad, que hicieran tal demanda?

Nada encontré, señores.

De los consejos del gabinete, de un circulo de hombres cuyo mérito intelectual no juzgo ahora, cuya sinceridad no escudriño, pero que yo veía aislados del concurso de la comunidad, salió aquella ley fatal; y se llegó, bajo las apariencias modestas de la reforma de un artículo legal, á malear esta cosa santa, esta cosa fecunda para el bien, que se llama la escuela, donde se forma el alma del hombre futuro, el alma del niño, que junto con sus coetáneos es la patria del porvenir. (Aplausos).

Y yo no veía otra razon, para operar ese cambio, que el prurito reformista de algunos hombres públicos imbuidos en la lectura de escritores irreligiosos, y amigos de imitar recientes leyes extranjeras.

Decian guiarse por el espíritu filosófico; algunos de ellos parecían inconscientes, otros habian meditado poco, todos prescindian de estudiar las necesidades sociales, y diciendo que iban á mejorar la sociedad, exclamaban: dejemos estas antiguallas, derribemos esta escuela del pasado, que data de la colonia, que es estrecha, que es oscura, para sustituir al Cristo, que se envejece, por Spencer, ó algun otro autor de sistema, de quien debe esperarse la salvacion de la humanidad!

Esto no es legislar, señor, en el sentido sério, en el sentido científico é histórico de la palabra.

Legislar, legislar como hombres de estado, es estudiar desapasionadamente la sociedad, conocerla como es, darse cuenta de su carácter, que no se explica sino por sus antecedentes, y no tratar por cierto de inmovilizarla, porque la inmovilidad es la muerte, sino partir de su estado actual, é interpretando sus tendencias, espresarlas en la ley, abrirlas caminos en las instituciones y hacer así mas próspera y mas abundante la vida nacional.

La ley de educacion laica no salió de las entrañas de esta sociedad; y todavia despues de cuatro años de ejercicio, no hemos visto en manera alguna los prodigios que de ella auguraban sus promotores.

No vemos mas que el semblante entristecido del padre que no puede dar enseñanza á su hijo en el hogar, y que vacila entre el temor de que él sea un hombre ignorante, privado de los primeros rudimentos de la ciencia, y el horror de mandarlo á una escuela donde el espíritu cristiano de la familia va á ser desvirtuado y sustituido por los gérmenes de un escepticismo letal para la inteligencia y el corazon.

Cuando el espíritu del niño empieza á desarrollarse, viene un día en que se pregunta: ¿porqué no se me habla de Dios en la escuela? Y el padre y la madre se estremecen observando que el alma del niño se enfria, se esteriliza y se agosta!

No me parece que de otros móviles, que de otros orígenes, que los que dieron nacimiento á la escuela laica, se deriva el proyecto del matrimonio civil.

Yo no he visto preceder á la presentacion de este proyecto uno de esos movimientos sociales, una de esas manifestaciones popula-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

res que exigen al legislador un cambio en las instituciones.

Este proyecto ha salido de la cabeza de algunos hombres públicos, no ha brotado de las entrañas de la sociedad.

Me parece que estos son los hechos: el mismo joven y elocuente orador que apreciaba erróneamente, en mi concepto, la constitución argentina,—espresaba ingenuamente el espíritu de la ley proyectada, al decir: Es preciso no preocuparse del presente, es preciso no preocuparse de las tendencias del pueblo en el momento en que se legisla, sino preocuparse del porvenir y dictar las leyes tales como la razón en abstracto las concibe. Y esto importa declarar que abandona el criterio práctico y sensato de la legislación, para guiarse por el criterio individual, con todo lo que tiene de antojadizo y peligroso.

Se ha hablado largamente, y se volverá á hablar mientras el debate no se cierre, sobre la constitución argentina y sobre sus antecedentes.

El discurso que acaba de escuchar la cámara, siquiera por su forma movidiza y pintoresca, no haya dejado á los que no están habituados á seguir la idea en sus giros caprichosos, la impresion de un dibujo correcto y seguro, en ciertos momentos, ha dejado, si, una impresion que me parece será imborrable, y es esta: el congreso constituyente del 53 fué un congreso cristiano, un congreso de católicos.

Esta es la verdad, que ya se evidenció en el senado, y sobre la cual se ha vuelto para darle, con los nombres propios, un colorido mas acentuado.

Bien. La constitución está inspirada por el espíritu cristiano.

Esto se halla fuera de toda duda.

Está inspirada por el espíritu católico. Me parece que esto no puede ocultarse por mas dialéctica, por mas habilidad, por mas agudeza que se emplee en la discusión presente.

Y basta decir que la constitución bajo cuyo imperio vivimos, es una constitución que exige al presidente de la República, es decir, al que se llama en ese mismo código «jefe supremo de la nación.» la calidad de católico, apostólico, romano, — para que se comprenda que el catolicismo no pueden deber figurar en las interpretaciones de esa constitución ni en la legislación ordinaria que de ella deriva, como una secta cualquiera. La legislación no puede ser contraria al espíritu católico, contraria al dogma católico, porque la constitución es católica.

Mas yo no vengo como un abogado vulgar, á presentar las cosas bajo un aspecto incom-

pleto. Yo coincido con mi honorable colega por Buenos Aires en esta apreciación de la constitución: que si bien ella deriva del espíritu católico y está informada por ese espíritu, no es una reproducción de los cánones de la Iglesia. Yo comprendo que á veces va mas allá de lo que la Iglesia permite sin concesión especial; pero en sus preceptos ó cláusulas no se manifiesta jamás hostil á la Iglesia.

La constitución, así como respondía á la situación del dualismo en que bajo el respeto político se encontraba el país, se fijaba también en dos situaciones sociales á que se ha referido el señor diputado que me ha precedido en la palabra:

El país se había ensangrentado, se había estenuado en sus largas luchas de unitarios y federales, de centralistas y autonomistas.

La constitución se formulaba en términos tales que los unos no podían decir:—hemos triunfado: tenemos una constitución unitaria; ni los otros podían decir:—somos los vencedores: la constitución es puramente federal.

No; la constitución fué una transacción, fué un acto de conciliación bajo el respeto político, y se encuentran consultadas en sus cláusulas las aspiraciones de los partidos tradicionales.

En presencia de ella pudieron los pueblos darse la mano y saludarse fraternalmente, porque tenían una ley común que daba la espalda á la anarquía, á la dictadura, á la odiosa desigualdad.

Antes de la constitución, unas provincias apenas vivían; otras, favorecidas por sus elementos locales, tenían una prosperidad relativa, pero no había vida solidaria en ellas. Reunidas despues bajo una misma ley y unas mismas autoridades, la situación mejoró, pero no tenía la República todavía su capital; la tuvo en el año 80, despues de sangrientos sucesos, y desde entonces fueron comunes el bien y el mal, la dicha y el dolor entre los argentinos. (*Muy bien!*)

Los constituyentes miraban al pueblo argentino bajo el aspecto religioso; lo encontraban católico, indudablemente católico, y los mismos oradores que defienden con calor el presente proyecto no han podido negar esta verdad. Al contrario: reconocen el hecho que los impugnadores afirmamos para mostrar las consecuencias que fluyen lógicamente de él.

El pueblo argentino era un pueblo formado de familias católicas, que debían al catolicismo sus costumbres, sus luces, la fortaleza en sus sacrificios, la constancia en sus virtudes: todos los rasgos nobles de su fisonomía moral.

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

Se dice: No había letras, no había ciencia, no había literatura; pobres eran las escuelas donde algunas humildes señoras nos enseñaban á hacer palotes; eso es lo que había antes de la constitucion ó poco tiempo después.

¡Si! No había muchas letras, no había mucha ciencia; pero había la madre, la maestra y el maestro cristianos. Con ese humilde signo—la letra! con ese humilde signo—la cifra, que, como ha dicho Víctor Hugo en una espresion genial, son las llaves que abren la puerta del misterio; habilitaban las madres y los maestros á los niños para iniciarse en los secretos del saber, para adquirir la ilustracion y ser útiles á la sociedad.

¡Humildes escuelas! Y sin embargo, cuantos ciudadanos distinguidos han salido de ellas!

¡Humildes hogares, sin los esplendores del lujo, que envanece á los necios, pero con la dulzura y el resplandor de la virtud! Humildes hogares, donde se formaron los grandes caracteres, los patriotas, los estadistas; los soldados que dieron á la patria sus luces, su sangre, su corazon! (*Aplausos*).

Los constituyentes dijeron:—el pueblo argentino, entregado á sus medios propios de desarrollo, estenuado por largas luchas, viviendo en medio de una naturaleza que exige poderosos elementos de explotacion; el pueblo argentino, escaso en número pero notable por su carácter y con una honrosa tradicion moral, reclama que guardemos, custodiemos y fomentemos todo lo bueno que se encuentra en él: esa nobleza, esa virtud, ese desinterés, ese espíritu de abnegacion, que levanta al hombre sobre los demás seres y se hace superior á la sensualidad y á la codicia, amante de sus tradiciones y celoso de sus glorias!

Y se dijeron: no profanemos esto; conservémoslo con respeto y con amor! Pero es necesario incrementar la sociedad con elementos que la ayuden á desenvolverse, sin cambiar su espíritu, su religion, las costumbres que derivan de ella y á las cuales debe la fortaleza que la ha mantenido en medio de los mayores infortunios. Esas condiciones han hecho posible que se formule ahora su constitucion, apesar de que sale recientemente de sufrir los males de la anarquía ó la dictadura!

Y escribieron una constitucion amplia, generosa, que hizo entrar á la República como una nueva personalidad en el número de los pueblos organizados.

La constitucion llamó á los europeos á gozar de las ventajas que ofrecen á la actividad y á la vida territorios extensos y feraces; los llamó para que hallasen aquí su bienestar,

y, aumentando nuestra potencia de trabajo, hicieran próspera la sociedad y aumentaran tambien con su descendencia el número de los futuros ciudadanos.

Venga, pues, dijeron los constituyentes, la inmigracion; vengan los europeos como hermanos: tendrán los derechos reconocidos á todos los hombres en una nacion civilizada. Perfectamente; pero no vengan á destruir, á modificar el espíritu de esta sociedad. Esta sociedad es cristiana, es católica: lo ha sido en la colonia, lo ha sido en la revolucion, lo ha sido durante el luctuoso periodo de nuestras luchas, en que el principio religioso no fué atacado en sí mismo de un modo fundamental.

Señor: este es un pais despoblado. ¿Qué sería al año 1853, cuando en 1888 podemos decir esto, positivamente, sin exageracion alguna?

Yo supongo, por una hipótesis que nada tiene de inconcebible, que agrupamos toda la poblacion de la República, calculada ampliamente en cinco millones; la imagino concentrada aquí, á la orilla del Plata, tomando como núcleo la ciudad de Buenos Aires y poniendo por límites á San Fernando, Moron y Quilmes. En mucho menor espacio, caben en Londres más de cuatro millones de habitantes.

Se hospedarían cómodamente cinco millones de hombres en la ciudad que imagino, ¿y qué quedaría en el resto de la República? Nada, absolutamente nada señores.

Pues bien, delineada sobre el mapa esa ciudad y suprimiéndola por un golpe de tijera, ¿el mapa de la República se habría alterado? Evidentemente, nó.

¿Qué extraño entónces que, cualquiera que sea la administracion, cualesquiera que sean los errores legislativos, haya prosperidad, haya bienestar? No es esa prosperidad la obra de la sabiduría del hombre—absolutamente nó!

De lo que tenemos que preocuparnos, pues, no es de las necesidades materiales del momento presente ó del futuro; la tierra es grande, la tierra es feraz, dá para todo sin la sabiduría del hombre, contra los errores del hombre. Esta prosperidad no viene de la habilidad de nadie, viene de la situacion especial del pais.

Pero ¿cuales serán en el porvenir, aun cuando no nos trasportemos al tiempo tan lejano á que nos conducía el señor diputado Zorrilla, las condiciones morales de la sociedad argentina?

¿Cuales serán si en vez de retemplar su espíritu en la religion, sin la cual todo se corrompe, favorecemos el escepticismo con

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14a Sesión de próroga

nuestra legislación y combatimos la acción salvadora del cristianismo?

Pues qué! ¿no tenemos una gloriosa tradición?—Y me dirijo especialmente á mis colegas del interior. Si recordamos nuestra historia, ¿no encontramos en aquellas provincias, como la manifestación mas genuina, mas caracterizada del pensamiento y de las tendencias del pueblo argentino, el memorable congreso de Tucuman, en 1816?

¿Quiénes eran sus miembros? Eran los representantes legítimos de la sociedad argentina tal como la habia dejado la colonia, como la habia encontrado la revolución, sin nada que alterase su fisonomía moral ni su espontaneidad.

¿Y cuál fué el rasgo distintivo de ese congreso?

Ese congreso estaba constituido por hombres vinculados con un amor ardiente y una fe profunda á la Iglesia católica!

Ese congreso fué una gloria nacional; fué la expresión de la voluntad del país en una época de abnegación y sinceridad, en que el alma del pueblo argentino pronunció su voto mas solemne ante la posteridad!

¿Porqué renegaríais de su nobilísima tradición?

Decidme ¿De donde proceden las virtudes, el heroísmo, la nobleza de los pueblos del interior? ¿Han brillado esos pueblos por su industria, por su comercio, por su riqueza? Nó, sin duda. Pueblos pobres por falta de medios para desenvolver los elementos de su prosperidad material, no han sido menos dignos que otros favorecidos por su situación geográfica. El alma argentina palpita en ellos con nobleza; sus hogares eran puros y cultos, porque las madres eran cristianas. Los hombres formados allí eran patriotas y honrados. Tales eran los rasgos de esa sociedad!

¿Qué me importa que Catamarca sea una humilde aldea, invisible al lado de los esplendores de la metrópoli en que vivimos, si allí, en un modesto hogar y de una humilde familia de labradores, nació aquel hombre de seductora elocuencia y admirable pureza, que se llamó el Padre Esquiú; aquel hombre, el mas parecido á los santos que hayan nacido en el suelo argentino, y que en el año 53, cuando se dictaba la constitución, subió al púlpito para consagrar al respeto de los pueblos la nueva ley, en nombre de Dios y como ministro de la Iglesia? (*¡Muy bien! Muy bien!*)

Allí surgió el orador de la patria para saludarla con las famosas palabras: *Laetamur*

de gloria vestran, nos alegramos de vuestra gloria!

Allí, en aquella provincia pobre y lejana, pero bien argentina por sus virtudes y su abnegación, como lo probó entregando centenares de víctimas al verdugo en la época de la lucha contra la tiranía, vió la luz de nuestro cielo el gran patriota y el gran cristiano!

Y el año 80, después de otras vicisitudes, después de otros desgarramientos dolorosos, todavía húmeda la tierra con la sangre de nuevas víctimas, fué de nuevo escuchada aquella voz elocuente bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires. Y ya no decia el orador como en los días auspiciosos del 53, después de Caseros: *Laetamur gloria vestra*, nos alegramos de vuestra gloria; la Iglesia se asocia á vuestro júbilo y también os bendice, sino: Justicia á Dios, Nuestro Señor, y á nosotros la confusión de nuestro rostro!

¿Porqué? Porque mal gastamos en estériles contiendas el tiempo que separa la constitución del 53 de la radicación de la capital en Buenos Aires!

He ahí la religión asociándose con sus consejos y sus reflexiones severas y solemnes como las circunstancias, al hecho irrevocable de la capital de la República en la ciudad de Buenos Aires!

La capital se estableció aquí, en esta ciudad, donde la exigían los antecedentes históricos, y apesar de las fantasías de pensadores alucinados que querían legislar sobre esta materia, copiando soluciones extrañas! No olvidemos esta lección!

Preguntaba el distinguido orador por la capital, en la sesión de ayer: ¿Qué ha hecho la Iglesia, que han hecho sus doctores mientras que nos desangrábamos, por crear á la patria una situación feliz?

Ah, señores! por mas que en las horas sombrías de la tiranía se impusiera á los ministros del altar condiciones vejantes,—interrogad vuestra memoria y respondedme, si no es aquel clero escaso y perseguido quien mantuvo la tradición religiosa en el país; si no es por su palabra que se conservaron las antiguas virtudes!

Y yo, señores, que era un niño cuando la tiranía se derrumbaba, pero que habia pasado ya dos ó tres años en la escuela, no tengo sino los recuerdos mas respetuosos de la enseñanza que entonces recibí. Rosas mismo no impidió que el Cristo se ostentara en las escuelas, no impidió que el catecismo se pusiera en las manos de los niños, ni introdujo su mano omnipotente en el hogar para suprimir allí la imagen del Crucificado!

¿Que seria si los ministros de la Iglesia, en vez de limitarse al ejercicio de los ministe-

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

rios, hubiesen querido tomar intervencion en la política!

Ah! entonces oiríamos las protestas; entonces se diria: Debemos precavernos de la Iglesia! debemos condenarla! Es un elemento pernicioso en la sociedad! Se ha ligado á este partido, ha luchado en contra de aquel otro!

No! Es preciso ser justos!

La Iglesia ha ejercido su influencia saludable. No ha militado en las luchas políticas, no debía hacerlo; no es esta su mision. Cristo la fundó para derramar sobre todos el tesoro de sus misericordias. Y la palabra de apostol, la palabra divina ha caído siempre como lluvia de luz y de consuelo sobre el mundo: *Deus vult omnes salvos fieri!* Dios quiere que todos los hombres se salven!

Pasaron los tiempos, y reunidas bajo un gobierno comun las catorce provincias que forman la República, se trató en la administracion del general Mitre, de dar al pais un código civil.

Estaba indicado por todos sus antecedentes, para ser el codificador de la República, el doctor don Dalmacio Velez Sarsfield. Ni la envidia, que es la compañera casi segura del mérito, ni las pasiones políticas, ni los celos locales, nada podian acallar esta voz, que lo indicaban para tan árdua tarea.

El doctor Velez es, para mí, el jurisconsulto mas notable que ha producido la América del Sud.

Se educó en Córdoba á principios del siglo, en aquella universidad que, cualesquiera que fuesen las deficiencias de su enseñanza, considerándola del punto de vista que tomamos hoy, cuando el desarrollo de ciertas ramas de la ciencia es tan notable, no puede negarse que era un gran establecimiento de educacion. Pocas materias se enseñaban allí, pero se aprendian bien; y el doctor Velez, que solo estudió latin y derecho, sabia el derecho y el latin profundamente.

El vino á Buenos Aires por primera vez para incorporarse al congreso del año 25. Tenia la edad del siglo; era pues, muy joven entonces.

Sé por haberlo oido de sus propias labios, que cuando llegó á Buenos Aires, sus autores eran Vinnio y Missengerio. Los conocia muy bien; eran su capital.

Asistia á la tertulia del presidente Rivadavia, hombre que atraia á los diputados que podian contribuir con alguna idea á la mejora del pais, como él la entendia. Y con motivo de discutirse un proyecto económico, se produjo una dificultad que ninguna de la perso-

nas presentes, y las habia muy distinguidas, acertó á resolver. El doctor Velez encontró la solucion y la enunció, supongo, no con modestia, porque no era esta su virtud principal, pero con la discrecion que un hombre como él tiene siempre y especialmente cuando se encuentran en presencia de personas notables por su saber. El señor Rivadavia aplaudió el pensamiento del joven, y le dijo: —Señor, dedíquese usted al estudio de la economía política; está destinado á hacer muchos beneficios al pais.

Creo que no habia mas que dos librerías en Buenos Aires. Fuése á una de ellas el doctor Velez Sarsfield y pidió gravemente un libro de economía política. Jamás habia oido unidas estas palabras *economía* y *política*. Le dieron un tratado de la materia, y fué la iniciacion que tuvo el doctor Velez en los estudios económicos.

Algun tiempo despues era profesor de esta asignatura en la universidad de Buenos Aires.

El doctor Velez fué un abogado muy notable en nuestro foro. El proporcionó á la juventud que estudiaba en Buenos Aires los dos únicos libros que durante los dias tristísimos de la tiranía, cuando no nos llegaban de Europa publicaciones científicas, sirvieron de texto en la universidad: las *Instituciones del Derecho civil* por Alvarez, y el *Derecho canónico* por Meyner. Muchos hombres que á la caída de la dictadura figuraron con brillo en el foro y en el parlamento, debieron su carrera universitaria al celo previsor del doctor Velez Sarsfield.

Nada le era extraño en la legislacion antigua ó la moderna. Estudió toda la ciencia social y con especialidad la economía política y las finanzas. Pero no la estudió como un pensador egoista, para complacerse en las voluptuosidades de su espíritu. No, señor presidente: esos estudios, esas concepciones de la ciencia, se traducian para el pais en hechos; y la provincia de Buenos Aires—me honro como nativo de ella en declararlo—le debe la organizacion de ese banco que ha sido para ella una fuente inagotable de donde se ha esparcido la riqueza sobre sus campañas y á la cual debe la prosperidad asombrosa en que se encuentra!

Este argentino, que era tambien un cancionista, como lo ha probado en un libro respetuoso para la Iglesia, si bien contiene alguna doctrina inaceptable,—fué encargado de redactar el código civil. Era una eminencia jurídica y un gran orador parlamentario, el primero de los oradores argentinos en mi opinion. Tenia todas las notas de la elocuencia, desde el epigrama rápido y vivaz, hasta

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14.ª Sesión de próroga

los tonos solemnes y magestuosos con que asombraba á la Convencion de Buenos Aires, abjurando un error de su vida política y fulminante al localismo que parecia gruñir bajo su poderosa palabra!

¿Qué habia de ser el código hecho por el doctor Velez? ¿Una obra raquítica? No, señor presidente,—la obra de un espíritu amplio y vigoroso!

¿Y cómo propuso el doctor Velez la legislación civil en cuanto al matrimonio? El codificador se encontró en la misma situación en que se encontraron los constituyentes del 53.

Esta es, se dijo, una sociedad católica, aquí los hombres se han casado siempre religiosamente, hemos vivido y vivimos bajo la legislación de la iglesia, y esta legislación ha inspirado y resguardado las buenas costumbres. ¿Por qué no respetarla?

Entre tanto esta sociedad se incrementa con elementos europeos, ¿cuáles son esos elementos? La estadística muestra que la inmigración no cambia el carácter religioso de la sociedad argentina, pues la inmensa mayoría de los que vienen al país son católicos. Vienen también protestantes, si bien en cantidad muy inferior á la de aquellos; y los protestantes, aún cuando no consideran al matrimonio como un sacramento, lo consideran como un acto religioso.

He ahí el conjunto de la inmigración que recibimos.

En este país, dijo el doctor Velez, no se celebrará válidamente mas que el matrimonio religioso. Cuando se trate de personas católicas, el matrimonio deberá celebrarse con sujeción á los cánones de la Iglesia católica. Cuando se trate del matrimonio entre católico y disidente, deberá celebrarse igualmente ante el párroco. Cuando se trate del matrimonio entre cristianos no católicos, deberá celebrarse según los ritos de la iglesia de los contrayentes, para que pueda producir efectos civiles.

La misma disposición estableció en cuanto al matrimonio de los que no profesan el cristianismo, requiriendo siempre para la validez el elemento religioso.

Respecto de las uniones celebradas fuera del país, el código hizo esta declaración: siempre que no haya en ellas poligamia ó incesto y sean válidas con arreglo á las leyes del país en que se han contraído, producirán efectos civiles en la República. Era, sin duda, ir muy lejos, pero tal declaración se explica, ya que no se justifique, en atención

á la doctrina según la cual para juzgar la validez de los actos, se tiene en cuenta el lugar de su celebración. Entre tanto, esa doctrina no es aplicable, dada la naturaleza especial del matrimonio, que influye profundamente en el orden social. Yo no habria proyectado una legislación tan tolerante respecto al reconocimiento de las uniones celebradas fuera del país.

Obsérvese, por lo demás, que nuestros prelados, los prelados de esa Iglesia contra la cual se habla y se declama tanto por su intransigencia, y á la cual se le aconseja que salga á la luz, como si estuviera sumergida en las tinieblas, no protestaron contra el código.

Bajo el imperio de ese código hemos vivido y vivimos, sin que se haya producido conflicto alguno y fuera de tal ó cual espíritu vanidoso, ó de tal ó cual hombre de estado, que podría buscar en otra parte motivos para presentar proyectos que armonizarán el derecho con las necesidades del país, nadie pide, nadie exige la ley del matrimonio civil.

El doctor Velez, manteniendo como ley del Estado para los católicos los cánones de la Iglesia, no hizo mas que cumplir su estricto deber de codificador de un país católico.

Y en cuanto á los disidentes y á los que no profesan el cristianismo, proyectó una legislación de la que ellos no se han quejado ni podido quejarse.

Pero se objeta: ¿por qué ha exigido que el matrimonio sea siempre religioso, cuando puede suceder el caso de que, aún profesando los individuos que desean casarse una religion positiva, no tengan ministros que autoricen la union; y cuando puede haber individuos que no profesen religion alguna?

Señor: la respuesta es favorable al doctor Velez.

Aun prescindiendo de otras consideraciones, no es elemento social apreciable, como para cambiar la legislación, como para aceptar una nueva forma de matrimonio, el de un grupo tan escaso, tan exiguo, tan insignificante en la sociedad, que no pueda construir una capilla y hacer subsistir un ministro.

En cuanto á los que no profesan religion alguna, son pocos, muy pocos, señor presidente. *Rara avis* es el que puede llamarse *libre pensador*. Y digo *rara avis* porque fuera de alguno de esos escritores que se presentan exhibiendo alguna concepción orgullosa de su mente que los coloca como

Octubre 20 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

14ª Sesión de próroga

una escepcion en el conjunto social, los hombres no se dan ese título en la sociedad; y refiriéndome á los inmigrantes, no concibo que se produzca fácilmente el caso de que un individuo, en presencia del oficial administrativo que le pregunta: ¿Qué religion tiene Vd? diga: Soy *libre pensador*!

Es muy jactancioso esto y muy extraordi-

nario! Por lo demás, sabido es que hay libre pensadores que no son libres y que no son pensadores! (*Muy bien! Muy bien!*).

Sr. Olmedo—Pido la palabra.

Hago mocion para que se levante la sesion.

—Se aprueba esta mocion, levantándose la sesion á las 6 p. m.